HISTORIA PERSONAL DE LA RECEPCIÓN DE LA OBRA DE MIGUEL HERNÁNDEZ EN ITALIA Y ESPAÑA (1960-1970)

Gabriele Morelli

Ante todo debo mi agradecimiento al actual Director de la Fundación Cultural Miguel Hernández, Aitor L. Larrabide, a quien conocí en el momento de la preparación de su tesis doctoral, titulada *Miguel Hernández y la crítica* (Universidad de León, 1997); un agradecimiento por su cosecha abundante de información sobre la recepción crítica del poeta y que va de la muerte del poeta hasta finales de los años noventa; una bibliografía exhaustiva y bien estructurada, en que el investigador ha rastreado todo indicio de atención y publicación que se conoce sobre el autor. Un intento, ya declarado en el preliminar de la Introducción, de llegar a una revisión de la crítica hernandiana hasta ahora conocida y que de todas maneras corresponde a los años comprendidos entre 1930 y 1990. Por lo tanto considero el libro de Aitor L. Larrabide una fuente imprescindible para cualquier estudioso o lector que quisiera acercase y conocer la producción bibliográfica de Miguel Hernández.

Esta modesta aportación, que comprende la recepción hernandiana relativa al arco cronológico de los años 1960 y 1970, entronca con la época de mi juvenil trabajo doctoral dedicado al poeta de Orihuela, que empecé en el año 1961 en la Universidad Bocconi de Milán. Ya he narrado en otras ocasiones mi primer viaje a España, que se remonta al verano de ese año y tenía como finalidad buscar materiales para mi tesis, ya que poco o nada en aquella fecha pude encontrar en Italia sobre el autor objeto de mi estudio, aunque poco después Dario Puccini daba a conocer su importante antología titulada Miguel Hernández, *Poesie* (Milano: Feltrinelli, 1962).

Viajé a España después de la sección de estudios de verano y tardé tres días para llegar a Madrid, a altas horas de la madrugada. Buscaba

documentación sobre del poeta que estaba estudiando, ya que en el tomo III de la *Historia de la Literatura Española*, de Valbuena Prat (Madrid: Gredos, 1960), que brillaba en los estantes de la biblioteca del Instituto de español de mi Universidad, el nombre el poeta de Orihuela asomaba raras veces y siempre con referencias indirectas y solo colocadas (signo manifiesto de la escasa importancia que su autor asignaba a nuestro poeta) en las notas de aquel voluminoso libro. Nunca a Hernández se le reservaba un espacio propio y nada decía el prestigioso crítico e historiador de la literatura española sobre la vida y la obra del poeta pastor. Aún hoy advierto el desaliento que sentí al firmar el tríptico de la papeleta de mi tesis y elegir a un autor que resultaba del todo desconocido en el círculo de mis compañeros y también de los docentes. Pronto mi di cuenta de la poca rentabilidad y escaso avance en la preparación de la tesis que me ofrecía la paupérrima documentación y la escasa bibliografía que hasta aquel momento había podido reunir.

Así, en el verano agobiante de ese año 1961 partí, cogiendo el tren nocturno Milán-Barcelona, en busca de las huellas de Hernández teniendo escuetos datos sobre su persona (aún no había podido leer el libro de Puccini), y solo recordando algunos versos del poeta que una compañera de estudios, recién llegada de Argentina, me había hecho copiar de su Álbum: eran los versos del texto n. 18 del libro *Cancionero y romancero de ausencia*, que de pronto aprendí de memoria y que ahora reproduzco:

Cada vez que paso
bajo tu ventana,
me azota el aroma
que aún flota en tu casa.

Cada vez que paso
junto al cementerio
me arrastra la fuerza
que aún sopla en tus huesos.

Había llamado mi atención la simetría perfecta del poema y su léxico claro y sencillo donde, a partir de la primera estrofa, se imponía el vocalismo formado por la recurrencia dual *a-a* y *a-o* con su alter-

nancia (así en las palabras: «Cada... paso», v. 1: «bajo... ventana», v. 2; «azota... aroma», v. 3; «flota... casa», etc.), capaz de crear un ritmo lento, uniforme, que ligeramente cambiaba, signo de un dinamismo interior poco manifiesto exteriormente, en el segmento de la segunda estrofa. Reforzaba la demostración de un sentimiento doloroso causado por la muerte del hijo, cuya modulación se expresaba con una voz sumisa, casi apagada, sin fuerza, incapaz de explicar y denunciar una pérdida tan grande y terrible. Esta angustia no encuentra otra forma de expresarse que la repetición con sus mínimas variantes; lo anuncia la voz verbal del presente que une la imagen de la casa mezclada con el aroma del niño flotando en la habitación. El poeta sustituye la ausencia del niño muerto por la presencia de su calor físico, su perfume, sus pobres y pequeños objetos que llenan mentalmente el vacío de la casa. Nos encontramos con el espacio del poema marcado por una estructura bimembre que expresa una oclusión, una antítesis profunda que detiene y a veces paraliza el movimiento del poema. En fin, la breve composición traduce un pensamiento fijo, atormentado, signo manifiesto de imposibilidad para el poeta de expresarse y solo repetirse, repetir el dolor del padre por la pérdida del hijo inocente. De todos modos, como bien ha estudiado María Isabel López Martínez (1995: 65-68), Hernández utiliza una copla tradicional con cambios en consonancia con su experiencia privada.

Una vez llegado a Madrid, mi primera preocupación fue la de informarme sobre una librería que vendiera las *Obras completas* de Hernández, publicadas por Losada, de las que tenía conocimiento a través de mi compañera porteña. Entré en una librería del centro –la recuerdo medio desierta– y al dirigirme al dependiente que tenía pinta de ser el dueño del establecimiento, le pregunté en voz alta dónde podía encontrar el libro. Él me escrutó de reojo, aparentemente mirando hacia otro cliente que estaba detrás de mí y que había pedido una obra de Mariano José de Larra y la estaba buscando entre varios tomos de la estantería. Aunque parecía no haberme oído ni visto, el cliente sacó un libro de la mesa y me lo puso delante. Leí su título que era *Vuelva usted mañana* y, levantándolo, lo enseñó al librero diciendo: «Ya lo he encontrado, ¿cuánto le debo?». «Vale», dijo el dueño. Después, me miró atentamente y susurró: «Vuelva usted mañana». Dirigiéndose al cliente, alzó la voz y dijo «*Vuelva usted*

mañana es el último ejemplar que tengo; ha tenido suerte». El cliente pagó y se marchó.

Me quedé solo en la librería en un silencio de tumba, con los ojos en el dueño que parecía no verme, hasta que de repente, tras haber mirado atentamente alrededor para ver que nadie estaba, se me acercó y me apostrofó gritando:

> –Usted, caballero, debe saber que su poeta aquí no puede nombrarse y sobre todo no puede gritar su nombre. ¿No se ha dado cuenta dónde está? Está en España. Por eso le estaba diciendo que volviera mañana.

Me quedé asustado y un poco preocupado. Pero, al verme la cara tan triste, se me acercó lentamente y me dijo que volviera el miércoles –era lunes–, que me procuraría el libro.

El miércoles, muy pronto, estaba delante de la librería aún cerrada, acostumbrado al horario italiano de apertura de las tiendas. Al fin llegó el dueño aparentando no conocerme. Yo me había quedado fuera dando continuas vueltas delante del escaparate. Poco después, el librero, con un ademán de la mano, me indicó que entrara. En silencio se acercó a una caja que tenía detrás del mostrador y sacó de su fondo forrado un papel rudo de color amarillo y me lo puso en la mano, dijo su precio y luego susurró: «Caballero, ábralo solo en su casa». No respeté el mandado, y una vez fuera y superada la esquina enfrente de la calle, quité el espeso papel. Pronto, brilló en mis manos la cubierta roja del libro *Obras completas* de Miguel Hernández (Buenos Aires: Losada, 1960), en la edición ordenada por Elvio Romero y cuidada por Andrés Ramón Vázquez, con prólogo de Mª de Gracia Ifach.

Al abrir las primeras hojas, me llamó la atención el retrato de la cara tostada del poeta: «Miguel era un campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea», diría Neruda (1979: 164). «Estatua de bronce o arcilla, más que fotografía, barro cocido, amasado y abrasado y capaz de contener, y rebosar, el agua más fresca» (Aleixandre 1988: 187). En este retrato abrumador, los grandes ojos negros del poeta parecían no mirar hacia afuera, sino más bien hacia dentro, como si quisiera dulcificar a través de

su intensa carga humana la compacta plasticidad material de su cara. Recuerdo perfectamente el olor a tipografía de las páginas del libro aun vírgenes. Así pues, mi primer contacto con Miguel Hernández a comienzos de los años sesenta fue de carácter físico e implicó la llamada de los sentidos que en cierto modo aminoraba y dulcificaba la fuerte tensión del aprendiz hacia el objeto de interés.

El libro argentino de las *Obras completas* de Hernández fue mi *breviarium* de casa y viaje, pues ser hispanista en aquella época en Italia era igual que hacerse cura. Fue el *breviarium* de un joven estudiante de poesía española y me acompañó muchas semanas durante mi estancia posterior de estudios en Salamanca. Al regreso a Madrid, gracias a la mediación de José Luis Cano, conocí a Aleixandre quien, conmovido por el hecho de que un joven italiano se interesase por la obra de su entrañable amigo, me dio una breve carta para Josefina Manresa, la esposa del poeta, confiando en su ayuda para aclarar dudas e incertidumbres sobre episodios de la vida y la obra de Miguel.

Aquel año no pude emprender el viaje intensamente deseado para conocer a Josefina, viaje que en cambio realicé más tarde y que en parte ya he contado (Morelli: 2009-2010: 235-240). Aquí quiero solo rememorar detalles de mi visita a la casa de Elche de Josefina, ciudad donde entonces moraba la viuda. Mi estado de tensión y confianza era el de un joven estudiante que había peregrinado algunos días para llegar a la meta anhelada en el calor agobiante de agosto. Quería visitar la casa natal del poeta en Orihuela, pero Josefina se oponía tercamente a acompañarme en el autobús de línea de la provincia, aunque se lo había suplicado varias veces durante el encuentro. Pero en la segunda cita que tuve con Josefina –era la última carta que al joven y tozudo hispanista le quedaba– me presenté delante de ella y pronto le entregué tres billetes del pasaje. Al enséñaselas, le dije con osadía pero con gran convencimiento: «He aquí tres billetes: uno para usted, uno para mí y el último para Miguel, que sin duda nos acompañaría». Aún recuerdo la cara enjuta de Josefina, sorprendida pero, al mirarme intensamente, vi en ella abrirse una blanca sonrisa. «De acuerdo», me dijo, y se calló. Viajamos juntos de Elche a Orihuela, pero cuando el pequeño autobús se paró, Josefina me indicó con la mano una calle, diciéndome: «Vaya por este camino, tuerza allí a la izquierda, que poco después encontrará la casa de Miguel. Yo no puedo acompa-

ñarle, no puedo, no quiero verla». Me quedé tan solo como lo estoy ahora que vuelvo a vivir aquellos inolvidables momentos lejanos.

Hasta aquí la historia personal e indeleble. En cambio, la otra historia, la de recepción de nuestro poeta en los años sesenta y setenta, tema de esta conferencia, empieza, como es sabido, con las primeras publicaciones fuera de España, en particular en América. Antes en La Habana, al final de la Guerra Civil, en 1939, había aparecido el libro *Sino sangriento y otros poemas*. En 1942 se reedita en Buenos Aires, con prólogo de Rafael Alberti, *El rayo que no cesa* y, en 1956, siempre en la capital bonaerense, vuelve a publicarse *Viento del pueblo*, con prólogo de Elvio Romero, el mismo crítico a quien se debe, junto a María de Gracia Ifach, la citada edición de las primeras *Obras completas* de la editorial Losada, el libro que motivó mi primer viaje a España. Otros datos sobre la difusión de la obra de Hernández en España se encuentran en el estudio detallado de un grupo de investigadores de la Universidad de Valencia, con Joan Oleza como principal. Y de ellos mismos, otro titulado «Sobre la recepción de Miguel Hernández», e incluido en el I volumen las Actas del I Congreso Internacional celebrado en los lugares hernandianos (Alicante, Elche y Orihuela) en marzo de 1992. Los autores del estudio han rastreado la huella de la obra del poeta en la prensa española de posguerra, tanto en las editoriales nacionales como en revistas poco conocidas de provincia. También acuden a la autoridad de Leopoldo de Luis, quien, como es sabido, conoció a Hernández durante el periodo bélico, y asimismo miran al estudio de Víctor García de la Concha para apoyar la tesis de que con el poeta pastor de Orihuela empieza en la literatura española la poesía social, ya que antes el tema social era proyección de la militancia ideológica, mientras que con Hernández es la inversa. Leopoldo de Luis apunta: «a diferencia de sus compañeros [Miguel] es un trabajador, no un señorito; es un autodidacta, no un universitario» (Luis 1969: 10). Igualmente, Víctor García de la Concha recuerda la trayectoria literaria de Pablo Neruda y el proceso de transformación de su poesía en el tránsito de la experiencia juvenil modernista representada por el libro *Crepusculario* y por *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, al gran libro *Residencia en la tierra*. Este tránsito implica una liberación de los vínculos de la vieja tradición cultural y una adhesión a una mitología preliteraria y natural. El proceso inverso

–apunta el crítico– se produce en la poesía de Miguel Hernández, ya que su experiencia abona una tierra virgen, en medio de una naturaleza ruda y campesina, a la cual se van añadiendo progresivamente lecturas cultas (Luis 1969: 32).

De todos modos hay que recordar que en 1949 Espasa-Calpe había dado a conocer *El rayo que no cesa*, sonetos de amor ardiente, de intenso lenguaje barroco y, por lo tanto, inocuo a los ojos de la censura franquista. Tres años después, gracias a los alicantinos Vicente Ramos y Manuel Molina, salió una primera antología de textos hernandianos, *Seis poemas inéditos y nueve más* (Ifach). También Martínez Marín editó en Orihuela una *Antología poética* de Hernández. Tampoco debemos omitir algunos estudios de los años cincuenta publicados en España, como el de Juan Guerrero Zamora, *Noticias sobre Miguel Hernández* (Madrid: *Cuadernos de Política y Literatura*, 1951) y del mismo autor, *Miguel Hernández, poeta (1910-1942),* (Madrid: Col. El Grifón de Plata, 1955). Quizá vale la pena recordar, como contribución al conocimiento de la poesía de nuestro poeta, la publicación del libro *Obra escogida. Poesía*. Igualmente en el interior del país, por evidentes motivos políticos bastante reacio a dar a conocer la figura del poeta y su obra, Fanny Rubio recoge en su conocido libro sobre las revistas de la época (1976) el juicio de Agustín de Foxá aparecido en *ABC* de Sevilla el 13 de junio de 1939, que nombra una serie de poetas militantes en el frente republicano, y entre ellos a Miguel Hernández. Con la distancia de los años, este juicio revela la ceguera debida a la dependencia del bando político que el autor defendía. Las palabras de Agustín de Foxá muestran concretamente cómo el prejuicio de la ideología obscurece la mente incluso de un hombre considerado inteligente.

> Alberti, Cernuda, Miguel Hernández, Altolaguirre, en el verso son los tres tristes homeros de aliadas de derrotas; porque solo fulge el soneto como un diamante cuando lo talla una espada victoriosa [...]. Desarraigados de la patria, teniendo que cantar el plan quinquenal, o el movimiento stajanovista, sin ninguna norma moral, los poemas de Alberti, de Cernuda, de Miguel Hernández, son unos poemas de laboratorio, sin fuerza ni hermosura, equívocos, cobardes y llorones, donde solo se habla de la sangre derramada de los niños, donde están ausentes la pasión de la mujer y la alegría de la victoria. (Oleza *et alii* 1993: 218)

Durante la posguerra, la obra de Hernández no llega al gran público de los lectores españoles de poesía, pero su nombre y algunos poemas aparecen en revistas, como en la santanderina *Proel* que da a conocer cinco inéditos. También en *La isla de los ratones* se publica «El sudor», mientras que con la llegada de los años cincuenta empiezan a circular los primeros trabajos de conjunto sobre el autor de Orihuela. No obstante, se prohíbe en España la reimpresión de la *Obra escogida* de la editorial Aguilar durante 23 años.

Sin pretender agotar la amplia información que existe sobre la difusión hernandiana, aunque minoritaria y limitada a algunas revistas literarias en su mayoría de provincia, regresamos a 1960 de donde partimos, año del cincuentenario del nacimiento del poeta que en el número 168 de *Ínsula* le dedica un homenaje, convocando a otras hojas de prensa literaria para difundir la obra de nuestro poeta con el pretexto del aniversario. En el esfuerzo de recuperación al que se asiste en España no se debe omitir la primera evocación dejada por Aleixandre, incluida en *Los encuentros*, que lleva fecha de 1958 y título «Una visita». Rememora el viaje del poeta a Alicante para ver la tumba donde descansaba el desafortunado amigo Miguel. Me permito insistir en esta remembranza, también como en las demás que el Premio Nobel ha dejado en el tiempo sobre Hernández, ya que se une en mi memoria a mis visitas a su casa de Velintonia.

En los años de mi trabajo de tesis sobre Hernández, Aleixandre me contaba detalles sobre la extraordinaria figura humana de Miguel, subrayando su carácter espontáneo y genuino. Aún me parece oír sus palabras cuando me relataba las visitas del joven Hernández a su casa de Velintonia y más tarde a la de Españoleto 16, ya que la primera permaneció inhabitable mucho tiempo a causa de la guerra. A veces Miguel llegaba con un saco de naranjas que había recogido en el campo de su tierra levantina, lo ponía sobre la mesa e iba sacando la fruta una a una, redondas naranjas de oro que resplandecían en la sala oscura de la habitación. Relación intensa, fraternal, presencia constante en su casa de Velintonia a la cual nunca renunció Aleixandre, aun cuando, como me confesó a mí y ha revelado a varios amigos íntimos, él tuvo que elegir entre el anuncio de la visita de Federico García Lorca –poco antes de viajar por última vez a Granada– que le llamó por teléfono para decirle que iría a verle para leerle *La casa*

de Bernarda Alba, y la persona de Miguel, que en aquel momento estaba en su casa. «Te espero –contestó Aleixandre a la voz de Lorca–, aquí conmigo está Miguel». «Entonces no voy», replicó Lorca. «Pero, Federico, que tengo qué hacer», fue la respuesta de Vicente. «Échalo», contestó seco, el granadino. «Yo naturalmente no podía echar de mi casa a Miguel, y por eso nunca volví a ver a Federico». Este fue el comentario amargo que me refirió Aleixandre.

Como es sabido, Aleixandre dedicó tres diferentes semblanzas al amigo oriolano: «Una visita», publicada antes en el número 22 (1954) de la revista santanderina *La isla de los ratones* bajo el título «Junto a Miguel», que entra en 1958 en la primera edición del libro *Los encuentros,* tras otro retrato titulado «Evocación de Miguel Hernández». Además de la descripción de su figura física, su pelo corto, su cara enjuta y tostada –como recuerda Neruda, similar a «una patada recién sacada de la tierra»–, su manera de vestir con mangas de camisa y calzando alpargatas, zapato natural para sus pies de campesino, Aleixandre recuerda su voz comparándola con un sonido de la naturaleza. Escuchemos:

> Cuando él en la intimidad, decía sus versos, se le notaba la voz clara. Lo primero en que uno pensaba era el sonido del arroyo. Los arroyos de su Levante. Tenía una voz nunca oscura, porque hasta en los acentos dramáticos, podía sonar claramente herida, pero no sepultada. Recitaba con sobriedad, vivaz más que lento, brioso, sí, como exigía tantas veces su obra. Y empieza quieto, alzaba los ojos, mirando allá al fondo, la mano aún caída, y cuando la temperatura (nunca como en Miguel se sentía que la poesía es diálogo), individualizando la comunicación como aderezada cada uno de los que le escuchaba. [...]
>
> Henchido pecho y voz de él. He oído a muchos poetas decir sus versos. Pocos me han dado esta sensación tan completa del hombre expresado en acto desde la desnuda garganta. (Aleixandre 1985: 199-200)

Como se ve, la recepción de Hernández (al mismo tiempo interpretación y diálogo interior) pasa a través de los sentidos, es decir, tiene un registro concreto, físico, ya que todo el cuerpo armonioso del desafortunado amigo Miguel aparece en su genuina materialidad puesta al servicio de la poesía. Incluso en su muerte, al quedarse

con los ojos abiertos, es signo para Aleixandre de una actitud de fe y confianza en el hombre, como escribe en el desenlace final de la semblanza, y cito en la primera edición:

> Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los hombres y esperaba en ellos. No se le apagó nunca, ni en el último momento, esa luz que por encima de todo, trágicamente, le hizo morir con los ojos abiertos. (Aleixandre 1958: 178)

Sobre la semblanza «Junto a Miguel», después titulada «Una visita», tenemos el testimonio vivo de dos retratos, que voy a enseñar para los presentes. De todos modos, Aitor L. Larrabide ha reconstruido con su habitual diligencia y precisión la historia de esta visita de Aleixandre al nicho del cementerio Nuestra Señora de los Remedios de Alicante, primera sepultura del poeta de Orihuela. No olvidemos que tras la muerte de Miguel, el autor de *La destrucción o el amor* había solicitado a amigos y compañeros de su Generación, «entre otros a Dámaso Alonso», que enviaran 250 pesetas a Josefina Manresa para comprar un nicho digno a Miguel. Poco después, exactamente entre finales de abril y comienzos de mayo de 1952, Aleixandre visita la tumba de Miguel en el cementerio Nuestra Señora de los Remedios de Alicante. La Caja de Ahorros del Sureste de España (CASE) había organizado un homenaje a Gabriel Miró con motivo de la inauguración del Salón de Conferencias y Conciertos y de la Sala de Exposiciones, además de la Biblioteca «Gabriel Miró», de la que fue nombrado primer director Vicente Ramos. Aleixandre fue invitado a dicho homenaje y participó el 30 de abril con la conferencia «Visión de un mundo poético». Durante este periodo, con Vicente Ramos y Manuel Molina, Aleixandre visitó la tumba de Miguel Hernández en el cementerio de la ciudad. Le acompañaba el mejor fotógrafo alicantino de esa época: Francisco Sánchez, quien sacó dos fotos del momento: en la primera se ve a la izquierda del nicho a Manuel Molina, paisano y compañero de Miguel, a Vicente Aleixandre y al estudioso alicantino Vicente Ramos.

En la segunda foto, la más conocida, la imagen recoge solo en la persona de Aleixandre al lado de la lápida (cf. Morelli 2014: 50-55). La figura espigada de Vicente se muestra mirando hacia nosotros,

que le miramos. Sus piernas, lo suficientemente abiertas para dejar filtrar una pequeña luz, se alinean cromáticamente con el marco oscuro que bordea la lápida blanca del nicho con el nombre de Miguel Hernández. La identidad del negro-blanco parece reproducir cromáticamente el ligamen que une a las dos personas –la que está presente y la ausente–, ligamen simbólico pero también sentimental. Refuerza esta sensación la disposición de la figura de Aleixandre, de cara frente a nosotros, ocupando la misma posición que la lápida. De todos modos, el nicho carece de un espacio privilegiado, de un silencio elitista –nunca lo habría querido Miguel para su cuerpo, tan unido a los demás–, sino que alude a un conjunto social, como muestran los detalles de la imagen. Todo invita a la reflexión y al mismo tiempo a mirar hacia al poeta.

Con su postura compuesta y cara seria, Aleixandre nos invita a mirar hacia la tumba recordando la ignominia y la tragedia que ha sufrido Miguel. Al contrario que las palabras de la semblanza, las cuales irradian la confesión del sentimiento desbordante de dolor frente a los restos del joven amigo, la foto traduce una imagen más austera y controlada, quizá la misma emoción pero a través de los ojos, algo que elimina todo sonido y movimiento. La figura alta y majestuosa de Aleixandre forma una barrera infranqueable, ligeramente reclinada, como bien muestra la leve apertura de los zapatos, que invita a mirar hacia el nicho, hacia donde va nuestra atención indicando que lo importante no es él, Aleixandre, sino el que está a su lado, escondido, yacente, silencioso. Igualmente la pose del poeta, tan clásica y armoniosa, que no esconde su tristeza, avala la voluntad de estar físicamente a su lado, al lado del hombre y del poeta o, por un instante, daría la impresión de proyectarse dentro del espacio infranqueable para un ser humano, en un movimiento cercano de adhesión al joven amigo perdido que ahora reposa en el más allá. Alrededor todo es silencio, lo que favorece la comunicación espiritual, el diálogo y el abrazo con el difunto.

En la segunda foto, el retrato forma una línea descendente que va de la derecha a la izquierda hacia el nicho en que se resalta en letras negras el nombre de Miguel Hernández. Muestra a Manuel Molina, paisano y compañero del finado, a Vicente Aleixandre y al estudioso alicantino Vicente Ramos. También en esta foto, que inserta el nicho

en compañía de otros, el poeta de *La destrucción o el amor* parece ausente, mirando intensamente hacia abajo, hacia su joven y desafortunado amigo. La tensión que muestra la cara de Aleixandre es tal que los demás compañeros –aunque no sea así–, parecen distraídos y perdidos en otros pensamientos. Solo Aleixandre mira hacia abajo y tan fijamente que aparenta estar al mismo tiempo cerca y distante del amigo a quien ya no ve, pero es como si estuviera allí silencioso y presente.

Hemos referido la visita de Aleixandre a la tumba de Hernández, que se remonta a principios de 1950, mientras que la semblanza que la recuerda en las páginas de *Los encuentros* no aparece hasta 1958. Pocos años después, el nombre del poeta de Orihuela empieza a circular y a ser recordado, sobre todo con ocasión del cincuentenario de su nacimiento, en el que participaron varias revistas, a partir de la citada *Ínsula* e incluso *Caracola*, *Cuadernos de Ágora*, y otras más de provincias. Tampoco puede olvidarse, como precedentes, el esfuerzo de recuperación realizado por *Cruz y Raya*, en el que colaboran los autores de la Generación del 36, a la que Hernández está cronológicamente vinculado. También prestan atención al poeta de *Viento del pueblo* los colaboradores de *Escorial* y *Espadaña*, quienes a partir de los años cuarenta intentan abrir un diálogo entre vencedores y vencidos, entre los que se quedaron en el país y los que tuvieron que abandonarlo. Según varios estudiosos, Hernández, sobre todo como autor de los sonetos de *El rayo que no cesa*, fue importante fuente de referencia y objeto de imitación para muchos jóvenes poetas del grupo posterior al Veintisiete.

> Un nuevo nombre, deslumbrador y de una fuerza total sorprendente, se presenta en España cuando ya los desórdenes de los años inmediatamente anteriores al 1936 hacían presagiar el drama que se cernía sobre España: Miguel Hernández. Con él se vislumbraba ya una nueva generación de jóvenes que también traían sus propias formas expresivas: L. Vivanco, L. F. Vivanco, los hermanos Panero, J. M. Souvirón, etc., constituían la nueva promesa. (López Anglada 1965: 66)

López Anglada amplía la huella de la repercusión de la obra hernandiana a los colaboradores de «Juventud Creadora» y a los

poetas de la corriente garcilasista. En particular, el crítico nombra a autores como Enrique Azcoaga, cercano a una poética de molde cotidiano y realista, que llega a la poesía de Miguel Hernández a través de su proximidad a Rafael Morales. En efecto, Azcoaga, en el número 5 de la revista *Álamo* proclama su «Lealtad de Miguel Hernández». Es notable su esfuerzo, el mismo que se asigna a otros autores de la época, por recuperar la figura y la obra del joven poeta de Orihuela, cuyo ejemplo moral y trágico destino seguían influyendo en la cultura oficial española, hasta ahora distraída o más bien sorda a la llamada de estudiosos y lectores del interior y también de fuera del país, que reivindicaban con fuerza la importancia del poeta y el derecho a consultar libremente su obra. La apelación más fuerte llega del ala más rehumanizadora de la lírica que tiene como antecedentes ilustres los libros de Neruda y Vallejo. También el libro *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso, con su fuerte angustia y dramatismo, se inserta en esta línea de ascendencia hernandiana, aunque con un matiz religioso diferente a la estética realista y existencialista de Hernández y a su clara preocupación social.

A comienzos de los años setenta, aunque en España sigue vigente la dictadura de Franco, la fuerza arrasadora de la poesía de Hernández, con su conmovedora implicación biográfica, rompe cualquier obstáculo y ya podemos hablar de un poeta conocido y cuya figura comienza a ser popular. Quisiera recordar con cierto orgullo que ya en Italia en los años cincuenta, el maestro Oreste Macrí en su antología titulada *Poesia spagnola del Novecento* (Parma: Guanda, 1952) había dejado bastante espacio, en cuanto a presentación crítica y textos poéticos, a la persona y a la poesía de Hernández, de quien presenta y traduce 10 poemas, entre los cuales sobresalen la «Elegía», a Ramón Sijé, el tríptico de «Hijo de la luz» y «Nanas de la cebolla», que titula sencillamente «Nana a mi niño». Las páginas críticas van reunidas bajo el apartado «La poesía mística y telúrica de Miguel Hernández». Entre sus autores de marcada referencia, Macrí señala a Góngora, Quevedo, Garcilaso de la Vega, y la lírica del amor divino de san Juan de la Cruz, fuentes estilísticas presentes en los sonetos de *El rayo que no cesa*, e igualmente recuerda a fray Luis de León y Miguel de Unamuno en los versos «Me llamo barro aunque Miguel me llame». Sobre la esencia profunda del sentimiento de amor que

expresa la poesía del autor de Orihuela, el hispanista italiano escribe con su estilo hermético-barroco:

> La piedad familiar de Hernández, tan desierta y exquisita, es el difícil amor de toda gran poesía que radica en la matriz natural del sexo santificado, y brota del misterio de una encarnación eterna de las categorías espirituales en la carne mortal y en sus institutos político-económico. (Macrí 1942: LXI)

Como conclusión deja esta semblanza, más intuitiva que crítica, en la que reafirma la grandeza y peculiaridad de la obra de nuestro poeta. Escribe:

> La figura de Hernández sella dignamente el 25, restaura el humanismo del 98, remonta a las raíces del canto ibérico en sus mitos y valores de misterio, historia y sangre, abre a las nuevas generaciones aquel camino de lo humano, que ya el corazón de León Felipe había intuido entre modernismo y 25, y Lorca había sublimado en figuras ejemplares. (Macrí 1942: LXI)

Si la antología de Macrí da a conocer el nombre del poeta a los lectores italianos, serán el libro de Dario Puccini, *Poesie di Miguel Hernández* (traducción e introducción del mismo Puccini, Milano: Feltrinelli, 1962) y su *Romancero della Resistenza Spagnola* (Milano: Feltrinelli, 1962) los principales difusores de la obra del poeta, capaces de darle una visión internacional, es decir menos provinciana, hagiográfica o reductora, colocándola en un ámbito europeo o mejor universal. Ya en ese libro Puccini manifestaba su preocupación y también indicaba el método para la preparación de una futura edición de las *Obras completas* del poeta, porque en la edición argentina de 1960 advertía muchas dudas de carácter textual, sobre todo en cuanto a la ausencia de inéditos y, en cambio, la presencia de errores ya señalados por Leopoldo de Luis. Igualmente el hispanista italiano anotaba la tendenciosidad (falangista) de algún planteamiento biográfico, como el de Juan Guerrero Zamora en *M. H., poeta (1910-1942)* (Madrid: El Grifón, 1955) con el fin de que el libro fuese aceptado por el poder clerical-franquista, aunque el estudioso romano admita la utilidad del libro y de algunos de sus análisis, que considera interesantes.

La exégesis de Puccini, que Macrí estima «notoriamente comprometida y en función del «mensaje» poético-humano y humano-poético de una pura reducción de la vivencia mortal-artística a un altísimo ejemplo de protesta», que sigue la escuela de Antonio Gramsci, denuncia una serie de rémoras y contrariedades que han impedido hasta ahora (estamos a comienzos de los años 60) una lectura correcta de la lírica hernandina, pero que Macrí ve en la línea de la pasión mística y trascendente de la obra de fray Luis de León y san Juan de la Cruz, y en general del «metaforismo católico-barroco», donde encuentra la decantación y conversión de los elementos carnales en ascesis. Visión opuesta a la de Puccini, y de aquí la polémica que surge entre los dos hispanistas, ya que para este la poesía de Hernández es sobre todo confesión directa y presencia de las cosas, confluencia en la palabra poética de la historia sentimental y civil del poeta. En fin, la poesía de Hernández para Puccini requiere una indagación que se apoya en la biografía, biografía que es la «historia de un alma», siguiendo una frase de Erich Auberbach que reza: «En todo caso lo que en una obra comprendemos y amamos es la existencia de un hombre, una posibilidad de nosotros mismos». Esta frase servirá de epígrafe a su libro *Miguel Hernández. Vita e pensiero* (Milano: Mursia, 1966), con versión castellana en Losada en el año 1970 y después reeditado con apéndice bajo el título *Miguel Hernández. Vida y poesía y otros estudios hernandianios* (Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987); en esta edición del libro, a cargo de José Carlos Rovira, existe un resumen de la contribución crítica de Puccini a la poesía de Hernández.

Sobre el libro, Aitor L. Larrabide señalaba en su trabajo doctoral (1997: 116-117) una serie de errores (algunos debidos a la visión de sus tesis marxistas), por ejemplo al considerar *El rayo que no cesa* como una obra de transición hacia un estadio más ideologizado; nota bastantes inexactitudes, entre las cuales está la fecha equivocada de la participación de Hernández en las Misiones Pedagógicas desarrolladas entre 1933 y 1935 por Andalucía. Sobre el asunto es suficiente leer el trabajo de José Luis Puerto, *Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas* (2010), donde el autor aclara los confusos indicios anteriores, valora la política cultural de las Misiones Pedagógicas, descubre los pueblos salmantinos que fueron visitados (Iruelos de Meso-

nuevo, Ahigal de Villarino, Brincones y Puertas); además describe el papel que desarrolló el poeta, da nombre a los participantes y a los programas de aquellas jornada que consistían en lecturas poéticas, proyecciones de música tradicional, etc. Pero hay algo más: el autor visita estos ambientes rurales ya descoloridos por el tiempo, entrevista a los testigos supervivientes de estas jornadas memorables, antiguos niños y ahora ancianos, quienes, al rememorar los hechos, aun expresan su admiración y asombro. Algo parecido a las funciones teatrales de la Barraca de Lorca en los pueblos de España debió de pasar en esta misión de Hernández por tierras salmantinas, que Puerto ha reconstruido con rica documentación inédita. Tampoco se le escapa al hacedor de la afortunada tesis doctoral el relieve sobre la «leyenda» del asilo denegado al poeta por Carlos Morla Lynch, así como otro rumor difundido por Neruda sobre la supuesta intervención, solicitada por el propio poeta chileno, del cardenal Baudillart en favor de la liberación del poeta. Dos años después Puccini publica «Diez sonetos inéditos de Hernández» (*Revista Nacional de Cultura* 184, Caracas, 1968).

En España, en el mismo año 1962 se impone el gran libro de Juan Cano Ballesta, *La poesía de Miguel Hernández* (Madrid: Gredos), donde el crítico, siguiendo las teorías de Roman Ingarden y de la escuela estilística madrileña, estudia la expresividad fónica y rítmica, así como las metáforas, los símbolos con análisis interesantes sobre la obra del poeta. El año siguiente ve la luz el libro de Claude Couffon, *Orihuela et Miguel Hernández* (Paris: Centre de Recherches de l'Etudes Hispaniques, 1963), que recupera y estudia el periodo juvenil y el último del poeta, con entrevistas al hermano Vicente, a José Martínez Arenas, y además recoge numerosos poemas, con sus fechas y su lugar de composición. En Francia, Jacinto Luis Guereña, publica *Miguel Hernández* (Paris: Poètes d'aujourd'hui, 1964), esencialmente una biografía y una monografía bastante general, aunque presenta material iconográfico inédito. Al final de la década de los años sesenta se coloca el libro de Manuel Molina, *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela (Testimonio personal)* (en edición de Ángel Caffarena, Málaga: Librería Anticuario El Guadalhorce, 1969), que reúne un conjunto de artículos sobre las amistades del poeta, entre las que se distingue la mantenida con Carlos Fenoll hasta el comienzo de

la Guerra Civil. En 1970 se publica en Italia mi libro, titulado sencillamente *Hernández* (Florencia: Il Castoro), dentro de una colección dedicada a los grandes escritores, lo que muestra el reconocimiento que gozaba el poeta de Orihuela ya en esa época en Italia. En el año siguiente, 1971, ve la luz, el volumen de Manuel Molina, *Amistad con Miguel Hernández* (Alicante: Silbo), que es continuación cronológica del primer libro del autor, que sigue recogiendo materiales, en parte ya publicados en la prensa de Alicante, e incluye bastante material iconográfico.

En fin, crece el interés por el poeta por parte de los intelectuales alicantinos y se asiste a un relevante número de publicaciones locales que parecen reivindicar la presencia e importancia del poeta del lugar. Señalo la de Francisco Martínez Marín, *Yo, Miguel. Biografía y testimonios de Miguel Hernández (1910-1936)* (Orihuela: Félix, 1972), y el libro que estudia los sonetos amorosos del poeta, de Manuel Ruiz-Funes Fernández, *Algunas notas sobre* El rayo que no cesa; para llegar a la importante monografía de Vicente Ramos, *Hernández* (Madrid: Gredos, 1972).

En verdad, esta nueva década de los años setenta señala la afirmación definitiva de la figura y de la obra de Hernández, aunque aquí me limito a nombrar rápidamente los títulos de sus más conocidos libros publicados sobre el poeta, como los de Manuel Muñoz Hidalgo, *Cómo fue Miguel Hernández* (Barcelona: Planeta, 1975); de José María Balcells, *Miguel Hernández, corazón desmesurado* (Barcelona: Dirosa, 1975); María de Gracia Ifach, *Miguel Hernández, rayo que no cesa* (Barcelona: Plaza & Janés, 1975); el de José Carlos Rovira, *Cancionero y romancero de ausencias, de Miguel Hernández. Aproximación crítica* (Alicante: Instituto de Estudios Alicantinos, 1976); Vicente Ramos y Manuel Molina, *Miguel Hernández, en Alicante* (Alicante: col. Ifach, 1976); Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, en la encrucijada* (Madrid: Edicusa, 1976). La lista de los libros hernandianos sigue siendo larga, y señalo los dos de Marie Chevallier: *La escritura poética de Miguel Hernández* (Madrid: Siglo XXI, 1979); *Los temas poéticos de Miguel Hernández* (de la misma casa editorial, 1978). En 1980, como es sabido, sale la memoria de Josefina Manresa, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández* (Madrid: Ed. de la Torre) y, ya tras la muerte

de Franco –aunque no la desaparición del franquismo–, empieza la estación definitiva de la consagración oficial del poeta.

Antes de cerrar este recorrido sobre la recepción de la obra de Hernández que llega a la década de los años setenta, quisiera volver al recuerdo de otra experiencia personal siempre ligada al nombre del oriolano: se trata del homenaje que la Asociación Europea de Profesores de Español dedicó al poeta en Alicante, celebrada del 26 de agosto al 2 de septiembre de 1973. Con motivo del centenario del nacimiento de Azorín se rindió también homenaje a Gabriel Miró y a Miguel Hernández. Era la primera vez que la Asociación se reunía en España, debido a la voluntad e insistencia del profesor Manuel Muñoz Cortés de la Universidad de Murcia, que ofreció la sede del congreso y facilitó la residencia de los participantes. Cerró la sección Germán Bleiberg, que con un permiso especial regresaba a España de su exilio americano y dictó una memorable evocación sobre Miguel Hernández, amigo y compañero de lucha, con quien compartió en mayo de 1939 la cárcel de Torrijos. En esos días yo frecuenté mucho a Bleiberg, le di mi libro italiano, le acompañé a visitar la casa del poeta en Orihuela, aunque no nos dejaron entrar. Él me contó, entre varias anécdotas de su relación con Miguel, que junto a algunos compañeros en la cárcel de Torrijos –la cual compartió con el poeta durante cinco meses–, todos llevaban barbas largas por no tener la posibilidad de afeitarse. Miguel los apodó los grandes barbudos, y luego fue en busca de una botella, la rompió delante de ellos, cogió un cristal, lo trabajó contra una piedra hasta hacerlo fino como una lámina de metal, y con eso rasuró la barba a cada uno de los barbudos tan hábilmente que ni una gota de sangre salió de sus caras… Pero, volviendo a Italia, el nombre de Hernández circuló hasta los años setenta; después, a partir de la década posterior, quedó marginado dentro del reducido interés de algunos centros universitarios y bajó a un silencio definitivo sobre su nombre y su obra. Por este motivo, luchando contra viento y marea, contra herederos y editoriales, he podido publicar hace poco este libro (Hernández 2014) que representa la primera edición íntegra del *Cancionero y romancero de ausencias*, con texto bilingüe, y que ahora como broche final cierra la historia de esta recepción hernandiana en España e Italia.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALEIXANDRE, Vicente (1958). *Los encuentros*, Madrid: Guadarrama.

–, (1985). *Los encuentros*, Madrid: Ed. de José Luis Cano, Madrid: Austral.

GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (1969). «*Espadaña* (1944-1951), biografía de una revista de poesía y de crítica», *Cuadernos Hispanoamericanos* 236-237, Madrid: 380-397.

HERNÁNDEZ, Miguel (2014). *Canzoniere e romancero de assenze*, Testo bilingue, a cura di Gabriele Morelli, Firenze: Bagno a Ripoli.

LARRABIDE, Aitor L. (1997). *Miguel Hernández y la crítica*, tesis doctoral, León: Universidad.

LÓPEZ ANGLADA, Luis (1965). *Panorama poético español (1939-1964)*, Madrid: Editorial Nacional.

LÓPEZ MARTÍNEZ, María Isabel (1995). *Miguel Hernández y la poesía del pueblo*, Cáceres: Universidad de Extremadura.

LUIS, Leopoldo de, ed. (1969). *Poesía social (1939-1968). Antología*, Madrid: Alfaguara.

MORELLI, Gabriele (2009-2010). «Mi primer encuentro con Josefina Manresa: entre realidad y memoria», en «*Miguel Hernández, cien años*», en *Canelobre* 56, Alicante: 230-243.

–, (2014). «Vicente Aleixandre ante la tumba de Miguel Hernández», *Paraíso. Revista de poesía* 10, Jaén: 50-55. https://goo.gl/5b3Cc2

MACRÍ, Oreste (1952). *Poesia spagnola del Novecento*, Parma: Guanda.

NERUDA, Pablo (1974). *Confieso que he vivido*, Barcelona: Seix Barral.

OLEZA, Joan *et alii* (1993). «La recepción de Miguel Hernández en la poesía de posguerra», en José Carlos Rovira, coord., *Miguel Hernández, cincuenta años después. Actas del I Congreso Internacional*, Alicante: Comisión del Homenaje a Miguel Hernández, 217-252.

PUERTO, José Luis (2010). *Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas*, Introd. de Gabriele Morelli, Segovia: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, col. Beltenebros Minor.